

TRABAJAR DURANTE UN SIGLO...*

René DRUCKER

Voy a hacer una presentación quizá un poco académica, porque yo soy académico y, además..., ¡arriba la UNAM! y abajo las privatizaciones.

Al recibir la invitación a participar en este foro sobre gobernabilidad, lo primero que hice fue dirigirme al diccionario para precisar la definición de esta palabra y poder, alrededor de esto, armar mi ponencia sobre el tema.

El *Diccionario de la Lengua Española* señala que gobernabilidad se define como “calidad de gobernable”, que realmente no aclara absolutamente nada; sin embargo, en otro diccionario encontré que gobernabilidad se define como posibilidad o facilidad de un colectivo para ser gobernado, pero señala que para eso se tiene que llegar a una coalición de partidos para mejorar la gobernabilidad del país, definición que de entrada pone condiciones a la calidad de gobernable.

La gobernabilidad supone un modo de ejercer el poder, y éste debería de permear hacia la gestión del desarrollo económico y social de un país y, por ende, al orden y bienestar público.

A partir del siglo XVIII, desde que Rousseau plasmó sus ideas, que fueron realmente la base del pensamiento político moderno, pasando después por el romanticismo y el idealismo, el utilitarismo, el socialismo, el positivismo, el marxismo o el conservadurismo aristocrático, el nacionalismo, el darwinismo social, el elitismo y hasta el anarquismo o el socialismo democrático y el pensamiento teológico, todos han pensado en la gobernabilidad y, suponemos, en el bien común.

En estas audiencias públicas se supone que no sólo debemos atender el problema de la gobernabilidad, sino además el de la gobernabilidad democrática; sin embargo, cabe parafrasear a Rousseau: jamás ha habido

* Versión estenográfica.

una democracia real y jamás la habrá. Es contrario al orden natural que los muchos gobiernen y los pocos sean gobernados. Es inimaginable que el pueblo se mantenga continuamente en asambleas, dedicando su tiempo a los asuntos públicos; sin embargo, a pesar de la lógica de eso, uno de los conceptos más refutados de Rousseau fue la idea de que es justo y válido obligar a un individuo a obedecer, aunque él piense o tenga un interés diferente al del bien común, y el que en la sociedad ideal nadie debería de ser tan rico que pudiera comprar a otro, ni nadie tan pobre que necesite venderse a sí mismo.

Esto nos acerca al concepto de la igualdad, pero como señalaba De Tocqueville, la pasión por la igualdad nos lleva a la uniformidad y puede destruir la libertad. El poder de la opinión pública produce conformidad en lugar de individualidad; mediocridad en lugar de excelencia; preocupación por valores materiales, a expensas de los espirituales.

La democracia puede ser tan despótica e inestable como los regímenes monárquicos o aristocráticos, dado que se basa en el derecho de la mayoría y conduce a la centralización de los gobiernos.

Hacia finales del siglo XIX y principios del siglo XX aparecieron los pensadores elitistas que, cansados de las preocupaciones metafísicas de los filósofos políticos, consideraron que la política debería ser comprendida de una manera más realista.

Éstos consideraron que las jerarquías y la dominación son inevitables, que el gobierno y sus organizaciones son inherentemente oligárquicos y que las luchas surgen principalmente por disputas entre grupos dominados por minorías. No sé si esto les recuerda algo actual en nuestro país. De hecho la elite política está exclusivamente preocupada por el poder y las masas por sus demandas materiales. Si estas últimas son satisfechas, las masas aceptan la superioridad cultural de la elite política.

Por eso, si regresamos al diccionario y buscamos la palabra gobernar, ésta se define como: mandar con autoridad, dirigir un país o una colectividad y guiar, componer o arreglar.

En nuestro país, el gobierno no ha ni mandado con autoridad ni dirigido ni guiado ni compuesto o arreglado nada, más bien ha caminado con los eventos y pareciera un barco en boga en el mar sin cartas de navegación, sin conocer informes meteorológicos y pareciera no tener dirección. Pero esto, a mi juicio, se debe a que en la época moderna reciente de nuestro país no ha existido ni existe un proyecto de nación, y sin este elemento fundamental nunca podrá darse la gobernabilidad.

En estos tiempos, en los cuales existen diferentes partidos políticos, cada uno debería tener un proyecto de nación que más se acerque a los ideales que cada partido profesa. El problema, desde luego, en México es que los partidos no tienen ideales sino sólo intereses. Si los partidos políticos pudieran articular algún proyecto de nación sería factible entonces elaborar algunas políticas de Estado que generaran estrategias de largo aliento que permitieran que la nación avance y la sociedad se beneficie.

Gobernabilidad democrática sería aquella que pudiera encontrar los elementos comunes que tuvieran los proyectos de nación de los partidos para establecer pactos, para definir la ruta crítica que permita fundamentar el marco jurídico donde se van a desenvolver dichos pactos.

Si los partidos tuvieran proyectos de nación, un buen gobierno podría detectar aquellas imágenes comunes y aglutinarlas para legislar en beneficio del bien común.

Para dirimir distancias se requieren legisladores con tres cualidades:

- 1) Pasión.
- 2) Sentido de responsabilidad.
- 3) Sentido de la proporción, que creo ningún diputado tiene.

Se requiere un gobierno que sepa entusiasmar a los legisladores en generar convergencia de estrategias.

El país no aguanta otro sexenio de disputas por migajas; la sociedad mexicana requiere de políticas de Estado en varios rubros fundamentales tales como el campo, la salud, la educación superior y la ciencia y la tecnología.

Es imperativo, a mi juicio, crear el marco jurídico para que se cumpla con la aprobación del crecimiento presupuestal anual en estos rubros y que quede esto inscrito como obligación del Estado, pues sólo así se podrá cumplir con los planes del desarrollo nacional, no para mañana ni para el mes que entra, sino para los próximos cien años.

Volviendo a parafrasear a Rousseau, y seguramente a ningún diputado o político le va a gustar esto: la felicidad en la marcha del tiempo tendrá que asomarse hacia una gloria distante y trabajar durante un siglo para lograr disfrutar el siguiente.